

JOSEF

BERLÍN, ALEMANIA

1938

¡CRAC! ¡BAM!

Josef Landau se incorporó de golpe en la cama con el corazón acelerado. Aquel ruido... era como si alguien hubiera tirado la puerta abajo de una patada para entrar en la casa. ¿O es que lo había soñado?

Josef escuchó atento y aguzó el oído en la oscuridad. No estaba acostumbrado a los sonidos de aquel piso nuevo, el más pequeño al que su familia y él se habían visto obligados a mudarse. Ya no se podían permitir la casa antigua, no desde que los nazis le dijeron al padre de Josef que ya no podía ejercer de abogado por ser judío.

La hermana pequeña de Josef, Ruth, seguía dormida al otro lado de la habitación. Josef intentó relajarse. Quizá sólo había tenido una pesadilla.

Fuera de su cuarto, algo se movió con un gruñido y unos pasos acelerados.

¡Había alguien en la casa!

Con ayuda de las manos y los pies, Josef retrocedió sobre la cama con los ojos muy abiertos. En la habitación

de al lado se oyó un ruido de cristales rotos... ¡Crash! Ruth se despertó y dio un grito. Chilló por puro terror, un terror ciego. Sólo tenía seis años.

—¡Mamá! —gritó Josef—. ¡Papá!

Unas sombras imponentes irrumpieron en la habitación. Fue como si el aire crujiera a su alrededor con el ruido estático de una radio. Josef intentó esconderse en un rincón de la cama, pero unas manos oscuras se lanzaron por él. Trataban de agarrarlo. Gritó aún más fuerte que su hermana pequeña, y su voz se impuso a la de Ruth. Pataleaba y se agitaba presa del pánico, pero una de las sombras lo agarró del tobillo y lo arrastró boca abajo por la cama. Josef trató de agarrarse a las sábanas, pero aquellas manos eran demasiado fuertes. Josef estaba tan asustado que se orinó encima y notó que el calor se extendía por su pijama.

—¡No! —gritó Josef—. ¡No!

Las sombras lo tiraron al suelo. Otra sombra agarró a Ruth del pelo y le dio una bofetada.

—¡Cállate! —gritó la sombra y lanzó a Ruth al suelo junto a Josef.

La impresión le cerró la boca a Ruthie, pero sólo por un instante. Acto seguido lloró con más fuerza, más alto.

—Calla, Ruthie, calla —le suplicó Josef. La tomó en sus brazos y le dio un abrazo protector—. Ahora calla.

Se acurrucaron juntos en el suelo mientras las sombras agarraban la cama de Ruth y la lanzaban contra la pared. ¡Pum! La cama se rompió en pedazos. Las sombras arran-

caron cuadros, sacaron los cajones de las cómodas y tiraron la ropa por todas partes. Destrozaron lámparas y focos. Josef y Ruth se aferraron el uno al otro, aterrorizados y con el rostro humedecido por las lágrimas.

Las sombras volvieron a agarrarlos y los llevaron a ras-tras a la sala. Lanzaron a Josef y a Ruth al suelo una vez más y encendieron la luz. Cuando a Josef se le acostumbraron los ojos, vio a los siete desconocidos que habían invadido su casa. Algunos de ellos vestían ropa de calle: camisa blanca arremangada, pantalones grises de vestir, gorra café de lana y botas pesadas de cuero. La mayoría llevaba la camisa parda con la banda roja con la esvástica de los Sturmabteilung, las tropas de asalto de Adolf Hitler.

Los padres de Josef también estaban allí, tirados en el suelo a los pies de los Camisas Pardas.

—¡Josef! ¡Ruth! —gritó mamá cuando los vio.

Se abalanzó por sus hijos, pero uno de los nazis la agarró del camisón y tiró de ella hacia atrás.

—Aaron Landau —le dijo uno de los camisas pardas al padre de Josef—. Ha continuado ejerciendo la abogacía a pesar de que los judíos tienen prohibido hacerlo bajo la Ley para la Restauración del Servicio Civil de 1933. Por este delito cometido contra el pueblo de Alemania será internado bajo custodia de protección.

Josef miró a su padre con cara de pánico.

—Todo esto es un malentendido —dijo papá—. Si me dieran ustedes la oportunidad de explicarles...

El Camisa Parda ignoró al padre de Josef e hizo un gesto con la barbilla a los otros hombres. Dos de los nazis lo levantaron de golpe, lo pusieron de pie y lo llevaron a rastras hacia la puerta.

—¡No! —gritó Josef.

Tenía que hacer algo. Se puso en pie de un brinco, agarró del brazo a uno de los hombres que se llevaban a su padre e intentó liberarlo. Otros dos hombres separaron a Josef de un tirón y lo sujetaron mientras forcejeaba contra ellos.

El Camisa Parda que estaba al mando se echó a reír.

—¡Miren esto! —dijo y señaló hacia la mancha húmeda en la piyama de Josef—. ¡El chico se orinó encima!

Los nazis se rieron, y Josef sintió que le ardía la cara por la vergüenza. Se revolvió en manos de aquellos hombres, tratando de liberarse.

—Pronto seré un hombre —les dijo Josef—. Lo seré dentro de seis meses y once días.

Los nazis se volvieron a reír.

—¡Seis meses y once días! —dijo el Camisa Parda—. Ni que lo estuviera contando. —El hombre se puso serio de repente—. Quizá estés ya tan cerca que deberíamos llevarte a ti también a un campo de concentración, igual que a tu padre.

—¡No! —gritó mamá—. No, mi hijo sólo tiene doce años. No es más que un niño. Por favor..., no.

Ruth se abrazó a la pierna de Josef y se puso a llorar.

—¡No se lo lleve! ¡No se lo lleve!

El Camisa Parda frunció el ceño ante el ruido e hizo un gesto a los hombres que sujetaban a Aaron Landau para que se lo llevaran. Josef se quedó mirando cómo sacaban a rastras a papá con el sonido de los sollozos de mamá y el llanto de Ruth.

—No tengas tanta prisa por hacerte mayor, chico —le dijo el camisa parda a Josef—. No tardaremos en venir por ti.

Los nazis destrozaron el resto de la casa de Josef, rompieron los muebles, estrellaron los platos y rasgaron las cortinas. Se fueron de manera tan repentina como habían llegado, y Josef, su hermana y su madre se apiñaron de rodillas en el centro de la habitación. Finalmente, cuando derramaron todas las lágrimas que eran capaces de llorar, Rachel Landau se llevó a sus hijos a su dormitorio, recompuso la cama y abrazó con fuerza a Josef y a Ruth hasta que llegó la mañana.

En los días siguientes, Josef se enteró de que su familia no había sido la única a la que habían atacado los nazis aquella noche. Otros hogares judíos, comercios y sinagogas quedaron destruidos por toda Alemania, y decenas de miles de hombres judíos fueron arrestados y enviados a campos de concentración. Lo llamaron la Kristallnacht, la Noche de los Cristales Rotos.

Los nazis no lo habían dicho con palabras, pero el mensaje estaba claro: a Josef y a su familia no los querían ya en Alemania. De todas formas, Josef, su madre y su hermana no iban a irse a ninguna parte. Todavía no. No sin el padre de Josef.

Mamá se pasó semanas yendo de una oficina del gobierno a otra tratando de averiguar dónde estaba su marido y cómo podía lograr que regresara. Nadie quería decirle nada, y Josef comenzó a desesperarse pensando que no volvería a ver a su padre.

Entonces, seis meses después de que se lo llevaran, la familia recibió un telegrama. ¡Un telegrama de papá! Lo habían liberado de un campo de concentración llamado Dachau, pero sólo con la condición de que abandonara el país en un plazo de catorce días.

Josef no quería irse. Alemania era su hogar. ¿Adónde irían? ¿Cómo vivirían? No obstante, los nazis ya les habían dicho dos veces que se marcharan, y la familia Landau no se iba a quedar esperando a ver qué harían los nazis después.

ISABEL

A LAS AFUERAS DE LA HABANA, CUBA

1994

SÓLO HICIERON FALTA DOS INTENTOS para conseguir que la esquelética gatita tricolor saliera de abajo de la casa de ladrillos de color rosa y se pusiera a comer de la mano de Isabel Fernández. La gata estaba famélica, igual que todo el mundo en Cuba, y el hambre que tenía no tardó en vencer su miedo.

La gata era tan pequeña que apenas podía dar mordisquitos a los frijoles. La pequeña barriga ronroneaba como un motor fuera borda, y, entre mordisco y mordisco, el animal empujaba la mano de Isabel con la cabeza.

—No eres muy bonita que digamos, ¿verdad, gatita?
—dijo Isabel.

Tenía el pelaje irregular y apagado, sin brillo, e Isabel podía notar los huesos del animal a través de la piel. La gatita no era muy distinta a ella, se percató Isabel: estaba flaca, hambrienta, y le hacía falta un buen baño. Isabel tenía once años, y era todo brazos y piernas larguiruchas. Tenía la piel morena y salpicada de pecas, y llevaba el pelo negro y corto para el verano, recogido detrás de

las orejas. Iba descalza como siempre, y lucía la misma camiseta de tirantes y los mismos pantalones cortos que se había puesto toda la semana.

La gatita devoró el último de los frijoles y soltó un maullido lastimero. Isabel pensó que ojalá tuviera algo más que darle, pero aquella comida ya era más de lo que ella se podía permitir. Su propia ración no había sido mucho mayor que la de la gata: apenas unos cuantos frijoles y una montañita de arroz blanco. Ya había cupones de racionamiento para conseguir comida cuando Isabel era pequeña, pero la Unión Soviética había caído unos años atrás, en 1991, y Cuba había tocado fondo. Cuba era un país comunista, igual que lo había sido Rusia, y, durante décadas, los soviéticos estuvieron comprando el azúcar cubano y enviando a cambio comida, gasolina y medicinas a la pequeña isla.

Pero, cuando desapareció la Unión Soviética, lo mismo sucedió con todas sus ayudas. La mayoría de las plantaciones de Cuba cultivaban únicamente azúcar, y, al no tener a nadie a quien vendérselo, los campos de caña se secaron, las refinerías de azúcar cerraron, y la gente perdió su trabajo. Sin el combustible de Rusia, no podían poner en marcha los tractores para cambiar los cultivos y plantar alimentos, y, sin alimentos, la población cubana empezó a pasar hambre. Ya habían sacrificado a todas las vacas, los cerdos y las ovejas, y se los habían comido. La gente irrumpió, incluso, en el zoológico de La Habana y

se comió a los animales, y los felinos como aquella pequeña gatita habían acabado en la mesa de la cena.

Sin embargo, nadie se iba a comer a esta gata.

—Tú serás nuestro pequeño secreto —susurró Isabel.

—¡Oye, Isabel! —dijo Iván haciéndole dar un salto.

La gata salió disparada y se metió debajo de la casa.

Iván era un año mayor que Isabel y vivía en la puerta de al lado. Isabel y él eran amigos desde que ella tenía memoria. Iván tenía la piel más clara que Isabel, con el pelo oscuro y rizado. Vestía sandalias, shorts, camiseta de manga corta con botones y una gorra con la letra I, el logotipo de los Industriales, el equipo de beisbol de La Habana. De mayor quería ser jugador profesional de beisbol, y era lo suficientemente bueno como para que aquello no fuera un sueño disparatado.

Iván se dejó caer en el suelo polvoriento junto a Isabel.

—¡Mira! Encontré un trozo de pez muerto en la playa, para la gata.

Isabel retrocedió ante el olor, pero la gatita regresó corriendo y se puso a comer con ansias de la mano de Iván.

—Hay que ponerle un nombre a esta gata —dijo Iván, que le ponía nombre a todo: a los perros callejeros que se paseaban por el pueblo, a su bicicleta, incluso a su guante de beisbol—. ¿Qué tal Jorge? ¿O Javier? ¿O Lázaro?

—¡Todos son nombres de chico! —exclamó Isabel.

—Sí, pero todos juegan en los Leones, y ella es una leoncita. —Los Leones era el apodo del equipo de Industriales.

—¡Iván! —le llamó su padre desde la puerta de al lado—. Necesito que me ayudes en el cobertizo.

Iván se puso en pie.

—Me tengo que ir. Estamos haciendo... una casa para perro —dijo antes de salir corriendo.

Isabel hizo un gesto negativo con la cabeza. Iván creía que disimulaba bien, pero Isabel sabía exactamente lo que él y su padre estaban construyendo en el cobertizo, y no era una casa para perro. Era una barca. Una barca para ir navegando a Estados Unidos.

A Isabel le preocupaba que descubrieran a la familia Castillo. Fidel Castro, el hombre que gobernaba en Cuba como presidente y primer ministro, no permitía que nadie abandonara la isla, y menos aún para ir a Estados Unidos. El Norte, lo llamaban los cubanos. Y si te encontraban tratando de irte al Norte en una barca, Castro te metía en la cárcel.

Isabel sabía todo aquello porque a su propio padre lo habían capturado y lo habían metido en la cárcel la última vez que trató de llegar navegando a Estados Unidos.

Isabel vio que su padre y su abuelo bajaban por la calle camino a la ciudad para hacer cola para recibir comida. Volvió a meter a la gatita debajo de la casa y entró a buscar su trompeta. A Isabel le encantaba acompañarlos cada vez que iban a La Habana, se colocaba en una esquina y tocaba la trompeta por unos pesos. Nunca ganaba mucho, pero no porque no fuera buena. Como su madre solía decir, Isabel era capaz de ponerse a tocar y conseguir que

en el cielo se abrieran los nubarrones de tormenta. La gente se detenía a escucharla, aplaudían y seguían el ritmo con el pie cuando ella tocaba, pero casi nunca le daban dinero, porque, después del hundimiento de la Unión Soviética, los cupones de racionamiento eran prácticamente la única moneda que tenía todo el mundo. Y los cupones de racionamiento no servían para casi nada: no había la suficiente comida, tuvieras cupones o no. Así que los únicos que podían darle un poco de dinero eran los turistas, visitantes de Europa, Canadá o México

Isabel alcanzó a su padre y a su abuelo, y más tarde se separó de ellos al llegar al Malecón, el ancho paseo que seguía el trazado curvo del espigón del puerto de La Habana. A un lado del camino se alzaba un bloque tras otro de tiendas y casas verdes, amarillas, rosas y celestes. Tenían la pintura desportillada, y los edificios estaban viejos y maltratados por las inclemencias del tiempo, pero a ella le seguían pareciendo grandiosos. Isabel se detuvo en el ancho paseo marítimo, en un lugar donde parecía tener a la vista La Habana entera. Madres que empujaban carritos de bebé por la acera. Parejas que se besaban bajo las palmeras. Músicos callejeros que tocaban rumbas con guitarras y tambores. Chicos que se turnaban para zambullirse en el mar. Turistas que tomaban fotos. Era el lugar preferido de Isabel en toda la ciudad.

Lanzó una vieja gorra de beisbol al suelo por si se daba la poco probable casualidad de que a alguien le sobrara